

YOLANDA COLOM

Mujeres en la alborada

*Guerrilla y participación femenina
en Guatemala 1973-1978*

ÍNDICE

Nota de la autora	II
Mariposas del sueño	19
Despertar en la Zona Reina	27
En silencio y secreto	39
Mujer nueva como gallina nueva	51
Pruebas de fuego para el corazón	75
Una mañana de octubre	87
En los montes de Juil	99
Mujeres de obsidiana	113
Lenguas, sangres, orígenes	127
La ofensiva de la sierra	139
Bajo el cerco enemigo	155
Adiós a los Cuchumatanes	169
La furia amorosa de la selva	181
Motivos del elefante	196
El hombre le dice barrilete a su amor ..	196
En la casa del jaguar	199
Más allá de los caminos	215
Las niñas de la bandera	229
El huracán interior	237
Danza del venado	251
La fuerza de los sueños	269
El árbol de la vida	277
Otra mañana de octubre	287
Epílogo	293
Glosario	297

*A la memoria de los revolucionarios caídos en
silencio por la vida y la justicia en Guatemala.*

*A la memoria de Benedicto, quien me introdujo
en mundos de amor, belleza, sabiduría.*

*A la memoria de Mario Payeras revolucionario
universal, por sus sueños y sus ejecutorias.*

AGRADECIMIENTO

ESTE LIBRO NO SE habría escrito sin la iniciativa y el estímulo de Norma Stoltz Chinchilla —profesora y directora del programa sobre estudios de la mujer en la Universidad Estatal de California, en Long Beach— y de Bobbye Ortiz (+1990) —editora asociada de *Monthly Review* y destacada activista de *Women's International Resource Exchange, WIRE*, de Nueva York—. Para ellas mi profundo agradecimiento por hacerme ver el valor humano, social y político de dar a conocer algo de mi experiencia como ciudadana y revolucionaria guatemalteca. Partes completas de este trabajo son respuesta a sus inquietudes e interrogantes.

La autora

NOTA DE LA AUTORA*

METAMORFOSIS

Así como los caracoles guardan el eco del mar, así mi corazón ha retenido sus memorias, sueños y muertos. En el libro *Mujeres en la alborada* consigno un fragmento de esas memorias, sueños y muertos; una fracción de la gesta revolucionaria armada en el inicio de su segundo ciclo; una ínfima partícula de lo acontecido en las montañas y selvas del noroeste. La mayor parte, la epopeya de la población civil de aquella región, que resistió a los embates del ejército con piedras, palos y machetes, está por escribirse.

Con la elaboración de este libro cerré un ciclo de más de veinte años de militancia vertiginosa e ininterrumpida. En 1973 inicié el abandono de mi identidad para sumergirme en el anonimato y la clandestinidad. Y solo comencé a retomarla en enero de 1995, a raíz de la muerte sorpresiva de mi compañero. Ese hecho nos sacó abrupta e inesperadamente de un anonimato de lustros: a él muerto, a mí cuando vivía esa tragedia personal.

De ahí que lo narrado en este libro fue vivido por Haydeé, Lucía, Manuela y Violeta. Fue escrito por Isabel y Carmen. Y ha sido firmado por Yolanda.

* Palabras de la autora en la presentación de la primera edición de este libro. Revisadas en enero de 2006.

IRRUPCIÓN DE LA POLÍTICA EN MI VIDA Y OPCIÓN POR LA MILITANCIA REVOLUCIONARIA ARMADA

La política irrumpió en mi vida sin buscarla, sin desearla. Con ráfagas vigorosas y bruscas se volvió preocupación temprana, aunque no tenía vocación para ella. Aspiraba a una Guatemala digna y justa; a una sociedad más humana, más feliz, más avanzada. Y con la fijación de tal ideal fui uniendo mi destino al de quienes más necesitan ese cambio y al de quienes comparten las mismas aspiraciones. De ahí que mi compromiso con la gesta revolucionaria lo determinó el drama social de nuestro país.

En mi experiencia fueron la teoría y la práctica revolucionarias las que me proporcionaron el conocimiento para comprender nuestra realidad social, y la alternativa para participar en su transformación de manera organizada.

Pertenezco a una generación de revolucionarios latinoamericanos forjada en un período de terrorismo de Estado, de crisis del sistema político y de luchas por la defensa de los más elementales derechos humanos, laborales y ciudadanos que fueron anegadas en sangre, muerte y exilio. Pertenezco a una de tantas generaciones guatemaltecas que hemos atestiguado cómo los corazones que laten por la justicia, la verdad y la dignidad son acosados a muerte. Y cómo el terror, la corrupción y la intolerancia de los poderosos han hecho escuela dentro de nuestra sociedad.

Los revolucionarios de mi generación nos rebelamos ante regímenes autoritarios, corruptos y violentos; nos rebelamos ante el asesinato de miles de guatemaltecos que se ganaban la vida honrada y dignamente; nos rebelamos ante la persecución, tortura y asesinato de centenares de dirigentes, trabajadores, estudiantes e intelectuales demócratas que actuaban dentro del marco de la ley; nos rebelamos ante un sistema económico que reproduce la miseria, la ignorancia y la violencia; nos rebelamos ante una sociedad cuyas capas medias y altas permanecían indiferentes —cuando no justificaban— el

despiadado e indiscriminado atropello de los más elementales derechos humanos y ciudadanos contra sus compatriotas. Nos rebelamos por dignidad, ideales y sentido del deber. Hacerlo implicó para nosotros entregar mucho más que la vida y vivir mucho más que la muerte; trabajar al límite de la resistencia humana prolongadamente; arriesgarlo todo, renunciar a todo: a nuestros seres más queridos, a nuestra identidad y preparación profesional, a nuestros recursos y bienestar material; a nuestro descanso y tranquilidad. Lo dimos todo a cambio de nada en beneficio propio porque creíamos en la posibilidad de construir una sociedad mejor para todos.

Poseemos experiencia, capacidad de trabajo con vocación de servicio, memoria de nuestros muertos, amor por la vida y la libertad; y un corazón que sigue latiendo por un mundo mejor.

Nuestro aliento libertario no se nutre de triunfos o derrotas. Nuestra fuerza reside en las convicciones que nos mueven, en la transparencia con que actuamos y en el empeño que ponemos por transformar los sueños en realidad.

Las armas de fuego, de la clandestinidad y de la guerra de guerrillas las tomamos, en primer lugar, para defender la propia vida. En segundo lugar, para defender los ideales y darlos a conocer. En tercer lugar, para empuñarlas contra los cuerpos represivos y aquellos poderosos que recurrían o propugnaban por la violencia contra quienes disientían de sus posiciones, intereses y privilegios ilimitados.

Ninguno de nosotros estábamos locos ni pervertidos para seguir tal camino habiendo otras alternativas. Tomar las armas y optar por la vía armada nos violentó en lo más profundo de nuestra calidad humana y vocación de paz. Nos violentó en nuestras relaciones afectivas y aspiraciones personales. Nos sometió a nosotros y nuestros seres queridos a rigores materiales y psíquicos indescribibles y duraderos, cuyas consecuencias seguimos experimentando todavía. Pero no dudamos en dar el paso, ni nos arrepentimos, ni fue tiempo perdido, dadas las motivaciones, las circunstancias y el momento en que lo hicimos.

MARIPOSAS DEL SUEÑO

LUEGO DE UN PROCESO de varios años, tomé la decisión de renunciar a mi *status* social, a los títulos universitarios y a mi aspiración de obtener riqueza material. En mis circunstancias personales esa era la única manera de ser consecuente en la práctica con lo que ya pensaba y creía. Escogí a cambio aprender fuera de los marcos convencionales y unir mis esfuerzos con aquellos que, junto al pueblo trabajador, construían en mi país el camino hacia la emancipación.

Los partidos políticos me decepcionaban. Habían nacido de la intervención yanqui de 1954 y del fanatismo anticomunista de la guerra fría. Eran politiqueros y electoreros; corruptos y cómplices por su silencio, cuando no directamente responsables de la represión contra el pueblo. Ninguno representaba los intereses de obreros, campesinos y capas medias trabajadoras. La adhesión de sus miembros era, frecuentemente, oportunista o coyuntural. Los dirigentes de unos y otros se podían intercambiar sin que nada de fondo los modificara. Pues, unos más otros menos, todos eran conservadores, ajenos a los intereses populares y nacionales. Y los intentos por crear partidos democráticos y con simpatía popular eran bloqueados. Por eso aspiraba a incorporarme al movimiento revolucionario. No veía otra alternativa. Sin embargo, no sabía cómo ni con quiénes lo podía lograr. No conocía a militantes de entonces y el movimiento revolucionario se encontraba en su primer reflujo. El comandante guerrillero Luis Turcios Lima había sido asesinado en

octubre de 1966, en un provocado accidente automovilístico; Marco Antonio Yon Sosa lo había sido a manos del ejército mexicano en mayo de 1970. Y el terror contrainsurgente logró desarticular bases y guerrillas en el oriente del país.

A comienzos de la década de los setentas, cuando volví de una estancia en Europa, gobernaba Guatemala el coronel Carlos Arana Osorio, representante de los civiles y militares más represivos y reaccionarios del país. Entonces no tenía bases objetivas para suponer que seguía existiendo el movimiento revolucionario; no conocía acciones ni pronunciamientos de organización alguna. Sin embargo, confiaba en que habían sobrevivido a la ofensiva contrainsurgente y que resurgirían en cualquier momento. Pero el tiempo pasaba y la oportunidad de participar no se presentaba, así que algunos amigos que compartíamos las mismas inquietudes integramos un pequeño grupo. Nos dedicamos a estudiar teoría política, el acontecer nacional y experiencias revolucionarias de otros países. Llevábamos poco tiempo de existir cuando nos abordaron la Organización del Pueblo en Armas —ORPA— y el Ejército Guerrillero de los Pobres —EGP—. Ambas agrupaciones se encontraban en la etapa de trabajo silencioso. Ninguna era conocida y aún faltaba tiempo para que iniciaran su actividad pública. Las dos organizaciones se preparaban para reivindicar los intereses de sectores sociales que ningún partido legal representaba desde 1954: campesinado pobre, población indígena, obreros, semiproletarios y sectores de capas medias. Opté por incorporarme al EGP.

Pocos años antes me había casado y por decisión común con mi pareja no tuvimos familia de inmediato. Por un lado la particularidad de nuestras inquietudes laborales y políticas y por otra nuestra precariedad económica hacían imposible conciliar las primeras con la responsabilidad que entrañan los hijos, especialmente para la mujer. No habría podido estudiar, viajar y trabajar como lo hice en esos años cruciales para mi formación si hubiera tenido hijos de inmediato. Además, tenía conciencia de los riesgos que

DESPERTAR EN LA ZONA REINA

CUANDO REALICÉ MI PRIMERA visita al destacamento guerrillero, llevaba un año con la compañía inseparable de una cápsula de cianuro. Se nos daba a los militantes de entonces con la orientación de ingerirla en caso de caer en manos de los cuerpos represivos. Era vieja historia, aunque no tan absoluta como llegó a ser muy pronto, que en Guatemala no hay presos políticos, ni consignados a los tribunales por acusaciones de rebelión contra el régimen. El secuestro, la tortura y una muerte atroz eran la respuesta inequívoca del régimen para todo demócrata, luchador popular o militante revolucionario consecuente y firme. Por eso me parecía natural y necesaria tal compañía, y siempre tuve el cuidado de llevarla a mano y en lugar seguro. Sin embargo, desde que la recibí, me invadió una sensación de fatalismo respecto a que mi muerte era inminente. No dudaba que me la tragaría si me veía obligada a hacerlo, pero la odiaba tanto como al sistema contra el que luchaba, porque amaba la vida y quería servir al pueblo de la única manera en que es posible: viva, sana y libre.

En la semana previa al viaje observé que la cápsula cambió color, tornándose de blanca en amarillenta. Me preocupaba que no fuera ya efectiva. Pero absorbida por los preparativos olvidé preguntar a qué se debía su transformación. De todas maneras la llevé a la montaña. Y en la primera oportunidad que tuve se la mostré a uno de los responsables del destacamento para ver si me despejaba la duda. «Tirá esa mierda lejos, ahora, y olvidate de ella»

me dijo enojado, y prosiguió: «Habría que tragarla para saber si sirve o no, hasta ahora solo uno lo ha hecho y por error». Resulta que cierto compañero cayó en una redada policial, práctica común en la capital del país, en la que sin excepción se llevaban detenidos a todos los hombres que en un momento dado estaban en el área que se había decidido «limpiar», supuestamente de delincuentes. El compañero tenía sus documentos en orden y no era conocido, pero inexperto y sabiéndose conspirador, temió ser descubierto. Así que llegando a las instalaciones policiales se tragó la cápsula y se sentó en un rincón a esperar la muerte. Estaba sufriendo retortijones de estómago cuando por altavoz anunciaron que quedaba libre. Con dificultad y asumiéndose en agonía se paró, recibió sus papeles que habían sido requisados en la detención y salió a la calle. Desesperado buscó ayuda con compañeros, pero la misma no fue necesaria porque los retortijones habían cesado y fuera del susto no tenía nada. Vivió y nunca más tuvo problema alguno por haber ingerido el cianuro. Sin embargo, a partir de entonces, las opiniones sobre lo procedente o no de utilizarla se dividieron. Lo cierto es que tiré mi cápsula en el momento en que el compañero me dijo que lo hiciera. Y desde entonces, salvo en momentos de peligro, dejé de sentir el inmenso peso de la muerte.

Dada la forma en que fui preparada para ejercer el magisterio, no concebía el éxito del cursillo sin contar con material didáctico, especialmente si el curso iba a ser breve y los participantes eran inexpertos. Además, quería dejarles recursos para que cada uno dispusiera de lo básico en su respectivo lugar de trabajo. Me era inconcebible, por ejemplo, carecer de pizarrón, ilustraciones y de luz para trabajar de noche. Pero sabiendo que debíamos caminar y que no tenía capacidad para llevar auestas todo lo que necesitaba, pregunté si podían resolverlo. La respuesta fue que podía llevar hasta setenta libras de material didáctico. Ese era el peso que, según el dirigente de la ciudad que me lo dijo, podría cargar el compañero que me conduciría hacia el campamento guerrillero.

EN SILENCIO Y SECRETO

EN AQUELLOS PRIMEROS AÑOS, cuando en la conducción de la organización dominaban los criterios políticos y los acontecimientos no nos habían desbordado, directamente y por diversos medios se adquiría información sobre la realidad concreta de los lugares donde buscábamos echar raíces. De ahí que, luego de trabajar en Quetzaltenango y Totonicapán, con mi compañero buscáramos un empleo que nos permitiera instalarnos en Huehuetenango, Quiché o Alta Verapaz. Nos interesaban los municipios norteños de tales departamentos, pues era a donde se irradiaba el trabajo político y organizativo del destacamento guerrillero del EGP. Y a nosotros nos correspondía proporcionar a nuestros dirigentes —quienes se encontraban en la montaña o clandestinos en las ciudades— un panorama económico, político y cultural de esas zonas.

Logramos establecernos en la zona ixil, localizada en las montañas de los Cuchumatanes, al norte de Quiché. Sus cabeceras municipales eran pequeños poblados, compuestos de casas de adobe y teja o de ranchos de paja, tejamanil y palizadas. Dificilmente llegaban a tener tres mil habitantes cada una. La mayoría de la población vivía dispersa en decenas de aldeas, caseríos y parajes, unidos unos a otros por veredas. Salvo en Cotzal, no había caminos interiores para el tránsito de vehículos. Todas las localidades estaban bordeadas por bosques centenarios de pino, pinabete, encino y ciprés. Son lugares siempre verdes, húmedos y sumamente quebrados, donde llueve más de ocho meses al año. En las partes más altas de los Cuchu-

matanes, al norte de esas cabeceras, hay un sinfín de quebradas y ríos que, al unirse en su ruta hacia la vertiente del golfo, forman los grandes ríos selváticos: el Ixcán y el Xaclbal, afluentes del Lacantún que corre en tierra mexicana; el Copón y el Tzejá, afluentes del Chixoy, río limítrofe entre Quiché y Alta Verapaz.

El empleo nos daba posibilidades de entablar relaciones con autoridades y con exponentes del poder local. También nos vinculaba con empleados públicos en las áreas de salud, educación y servicios. De manera que tuvimos acceso a lugares y recursos de interés. Por otra parte, consultamos estadísticas, fotografías y mapas que tuvimos al alcance sin llamar a sospecha sobre nuestro trabajo militante. La regla de oro fue no mostrar interés por el quehacer político ni por la problemática social. Evitamos y declinamos relaciones con luchadores sociales y población pobre, salvo por razones de vecindad y cortesía. Estos vínculos los cultivaban compañeros indígenas, miembros del destacamento. Y su trabajo no tenía relación directa con el nuestro. Es más, no nos conocíamos entre nosotros.

Observamos acuciosamente la cotidianidad, los días de mercado, las festividades y su calendarización; el movimiento comercial, el ciclo agrícola y migratorio. Recorrimos cabeceras municipales, aldeas y caseríos. No pocas veces, la gente nos tomó por gringos o pastores evangélicos y nos pidieron «moni» (*money*) y «píchur» (*picture*).

Poco a poco desentrañamos cuál era la estructura del poder local y cuáles eran sus vínculos con el poder fuera de la región. Pero para lograrlo tuvimos que vivir situaciones desagradables, aparentar valores propios de dominadores, callarnos la boca.

A pesar de tener conocimiento sobre la rapacidad y la violencia de quienes se enriquecen a costa del trabajo, la dignidad y la vida ajenas, nos resultaba golpeante, hasta increíble, ver los niveles que alcanzaba en esas regiones. Había terratenientes y contratistas que seguían usando el cepo y el látigo para castigar a los indígenas que cometían alguna falta o que no pagaban pequeñas deudas. Y lo hacían con la mayor naturalidad y certeza de estar en su derecho.

MUJER NUEVA COMO GALLINA NUEVA

MI CONOCIMIENTO SOBRE LA situación de la mujer en el altiplano se fue dando por oleadas. Fueron aproximaciones sucesivas en las que mi capacidad de captación y reflexión se dio en correspondencia con la experiencia que acumulaba sobre la vida y mi país. Éramos niños cuando mi padre intentó levantar una algodónera en Retalhuleu. En ella pasábamos los meses de vacaciones escolares año con año. Así conocimos de los trabajadores migratorios que levantaban las cosechas de exportación. A la finca llegaban todosanteros, de la etnia mam. A mí me llamaron la atención dos costumbres de ellos que entonces no comprendía: que en la calurosa costa sur usaran sus trajes, propios para tierras muy frías; y que varios fueran polígamos. El traje lo usaban por identidad étnica; pero también porque su pobreza no les permitía obtener ropa apropiada para el calor. Uno de los trabajadores polígamos se llamaba Diego Pu y anualmente llegaba con sus cuatro esposas y toda su prole. Él se instalaba en un rancho próximo a las galeras de los trabajadores que migraban solos. La primera mujer era la de mayor edad y autoridad; ella organizaba y mandaba a las demás. El ambiente doméstico era tranquilo y el modo de dirigirse unas a otras, fraternal. Sus edades estaban entre los quince y los treinta y cinco años aproximadamente.

Con mis hermanos visitábamos la ranchería porque era el único lugar habitado a nuestro alcance y allí había otros niños. Y conocíamos por su nombre a los trabajadores que llegaban año tras año. Yo veía que todos eran muy pobres, y movida por la curiosidad

le pregunté a Diego Pu por qué tenía tantas esposas e hijos. Me respondió que las mujeres sembraban y cosechaban el maíz que cultivaban en tierras de la finca para su propia manutención; que ellas se ayudaban unas a otras en el oficio de la casa y en el cuidado de los niños; y que siendo varias nunca se sentían solas. En cuanto a los hijos me respondió que desde pequeños servían para trabajar y más tarde para mantenerlo, cuando él fuera viejo y no pudiera valerse por sí mismo.

Años más tarde tuve oportunidad de vivir en diversos lugares poblados principalmente por indígenas. Cuando llegué a cada uno de los pueblos donde residí no tenía amigos ni conocidos. Además era ladina y extraña para sus habitantes. Pero fue viviendo en esa región que a mi acendrado gusto por usar perrajes, huipiles y listones de colores se fue sumando un sentimiento de identidad y solidaridad con las mujeres indígenas que, sin embargo, no encontró cómo expresarse de inmediato. Ni ellas ni yo estábamos organizadas alrededor de preocupaciones comunes de ningún tipo, ni el trabajo respectivo nos colocaba en condiciones de acercamiento igualitario. A pesar de ello, mientras desarrollé mi labor cultivé relaciones con personas y familias indígenas de distinto nivel social.

Con frecuencia me movilizaba en transporte público para ir de un pueblo a otro. Sin temor a equivocarme afirmaré que los choferes y ayudantes del servicio de transporte extraurbano están entre las personas más discriminadoras y verdaderamente insolentes hacia los indígenas. Y no vi diferencia en el comportamiento de los ladinos o los indígenas ladinizados que ejercen dichos oficios. Ordenan, gritan, empujan, maltratan; se burlan, hacinan y no pocas veces engañan a los indígenas que pagan por ese servicio. Mientras tanto, con los ladinos, especialmente si son mujeres, autoridades o personas adineradas, son serviles.

Los domingos me gustaba viajar a Totonicapán, para recorrer el mercado de dicha cabecera departamental. Anteriormente lo había visitado, atraída por el colorido y la belleza de las artesanías

PRUEBAS DE FUEGO PARA EL CORAZÓN

EN ABRIL DE 1975, meses antes de incorporarme al destacamento guerrillero de las montañas del noroeste, la organización me orientó viajar a la ciudad de México y permanecer en ella varios meses. Debía contribuir en la captación de relaciones políticas y solidarias cuando nuestra organización todavía estaba en el anonimato. Y también colaborar en la formación política de compatriotas, la mayoría mujeres con hijos, que se integrarían en breve al trabajo en el interior. Diferentes circunstancias de índole familiar, derivadas de la persecución o asesinato de sus padres o esposos, las habían llevado a vivir lejos de Guatemala. Pero estaban al tanto de la realidad del país, querían volver al terruño y eran receptivas al mensaje revolucionario de nuestra organización.

Me despedí de algunos familiares, arreglé maletas con lo indispensable y partí llevando conmigo a mi pequeño hijo. Llevaba instrucciones de hospedarme en un hotel determinado, en donde me buscarían los próximos días. No llevaba ninguna referencia más, ni conocía a persona alguna en el país vecino.

En esta nueva etapa trabajé bajo la dirección de un veterano de la lucha revolucionaria. Era el compañero Antonio Fernández Izaguirre, quien había sido dirigente estudiantil, activista político y escritor en los años del gobierno democrático de Jacobo Arbenz. En aquel entonces también dirigió el periódico *Vocero Estudiantil*. En la década de los sesenta participó en la resistencia urbana y luego fue fundador del Ejército Guerrillero de los Pobres. Estuvo entre los

quince compañeros que integraron el destacamento que se asentó en el norte de Quiché en 1972. Había sido destinado a México para desarrollar el trabajo de solidaridad. Se trataba de un compañero con amplia cultura, de pensamiento político y revolucionario profundo, respetuoso de todos nosotros. Su modo de ser era sencillo, discreto, austero; le gustaban la poesía y la música clásica. Su lugar de origen era Cuilco, remoto municipio del departamento de Huehuetenango. Lo conocí acompañado de su esposa y de sus pequeñas hijas. El 4 de junio de 1981 fue detenido y desaparecido en un operativo de inteligencia en la costa sur. Se pretendió hacer creer que había caído por errores operativos elementales en un retén militar. Pero obviamente se debió a otras razones: trabajo de infiltración en nuestras filas o traición de algún miembro de la organización.

Meses antes de partir, aunque habíamos seguido trabajando como equipo para la organización, mi compañero y yo habíamos roto nuestra relación de pareja. Con esa ruptura terminaban cinco años de matrimonio entre nosotros. Nos habíamos conocido meses antes de mi graduación como maestra, participando en actividades de formación y proyección social en El Cráter, una agrupación de jóvenes dirigida por religiosos que, a partir de la doctrina social-cristiana, estudiaba la realidad social del país. Él tenía las mismas inquietudes sociales que yo, estaba próximo a concluir sus estudios universitarios y trabajaba. También me apoyaba en las diversas actividades que yo desarrollaba. Así que compartiendo aspiraciones sociales y manteniendo cada uno espacios propios, la relación se estableció y avanzó.

Nuestro casamiento fue un dolor de cabeza para mi familia. Aunque tenía amistades y me relacionaba socialmente con numerosas personas, no anuncié mi casamiento ni invité a mis amistades. Quise algo diferente de lo que es la costumbre, evitar gastos a nuestras familias y ahorrar dinero para viajar de inmediato a Europa, donde mi compañero estaba becado. Así que realizamos nuestro matrimonio en una capilla modesta sin decorados, sin